

A B U E L O S

"A pensar questa gente mi sento più forte ..."

(Cesare Pavese. "Antenati". In "Poesie", S.I.A.E., 1970)

Partieron del Puerto de Génova. Debió ser alrededor de 1875. El matrimonio y dos hijas: Francisca y Anita. Otra hija, Lucía, enferma de tifus, no pudo embarcar y se les unió algunos años más tarde, cuando emigró también una tía materna, Ana Chiaraviglio de Gola.

Dejaban el trabajo de la tierra en una aldea cuyo nombre se rescata en un documento notarial: Piscina, provincia de Torino, en el "Reino de Italia".

La travesía, la llegada, el asentamiento en algún lugar de la provincia de Santa Fe (¿San Agustín?, ¿Santa María?) no son más que conjeturas. Cuándo y por qué llegaron al distrito Pilar, no lo sabemos. (Según Magdalena Badino, su padre -para nosotros "barba Pino"- fue el primer Chiaraviglio que llegó al país y se estableció con la familia en Santa María). Quizá también ellos se establecieron inicialmente allí.

La historia documentada comienza con las actas de bautismo de los últimos hijos argentinos: Rosa en 1881 y Chiafredo Bartolomé, nuestro padre, en 1883; y con la compra de terreno en 1882 y 1884 en la colonia Pilar, la misma tierra en la que nació nuestro padre, y en la que también nacimos y crecimos los hijos. Poco tiempo regó nuestro abuelo con su sudor la tierra en la que había logrado concretar el indudable sueño de "hacer la América".

Había resistido al cólera desatado en , pero se lo llevó una insidiosa peritonitis en 1889. Se llamaba Esteban Manavella, o como él mismo se nombraba, Manavella, Stefano.

Nuestro padre tenía, al morir el suyo, menos de seis años. Es natural que apenas lo recordara. Pero tenía de él, sin embargo, un recuerdo vívido, que llegó hasta nosotros: el orgullo con que mostraba su reciente adquisición, un reloj de pared con su péndulo dorado y sus sonoras campanadas. Ese reloj midió después el tiempo de nuestras vidas en los años de la infancia y de la adolescencia.

De este hombre, que sin duda trabajó duro, soñó un mañana mejor para sus hijos y, buscándolo, dejó la patria y su gente, cruzó el océano y pasó sin duda mil penurias hasta lograr poseer un pedazo de tierra "suya", sólo nos queda un reloj ya hace tiempo quieto y mudo y una lápida que dice: Esteban Manavella, falleció el 1 de abril de 1889, a los 58 años.

Su viuda le sobrevivió hasta 1907. Y cuando los hijos legítimos del matrimonio quisieron ejercer el derecho de herencia, se encontraron con que la tierra comprada por su padre no pertenecía a Esteban Manavella sino a Manuel Stefano: la pronunciación piamontesa del apellido y la costumbre italiana de anteponerlo al nombre, unidas a su condición de analfabeto le habían jugado esta burla póstuma.

Una sumaria información realizada en 1909 aclaró la situación y puso fin al conflicto.

"E le donne non contano nella famiglia.

.....

e non contano nulla, e non le ricordiamo".

Pavese, Cesare, "Antenati"

Pero María Chiaraviglio no era de esa clase de mujeres que no cuentan.

Viuda, organizó la economía familiar, compró más tierras, contrató peones, casó a su hijo Lorenzo y a las hijas con paisanos, ayunó los cuarenta días de todas las cuaresmas de su vida y no faltó a la misa dominical aunque tuviera que recorrer a pie, ida y vuelta, la legua y media que la separaba del pueblo.

(De ella se conserva una fotografía, partida por la mitad. El corte le atraviesa la cara. Pero he logrado hacerla restaurar. La acompañan sus hijos menores, Rosa y Chiafredo, nuestro padre. Hay también un cuadro, hecho evidentemente a partir de esa única fotografía, cuando debió estar todavía entera.)